

Editores y editados

Carta abierta a Mariano Latorre

"Mi querido Mariano; más de una vez me ha tentado la idea de escribirle unas líneas para definir —en forma que de ello quede un testimonio documental— cuál ha sido mi participación en la Sociedad Chilena de Ediciones, y en parte, también, para absolver posiciones en cuanto se refiere a mi situación personal con respecto a la literatura.

Desde que conozco a la gente que aquí se llama de "letras", estoy oyendo hablar de que en Chile los literatos no cuentan con el favor de los editores. Se ha hablado de tacañería, de explotación; de que el libro chileno no sale del país, ni aún de Santiago; de que si el negocio, al imprimir una obra, da buen resultado, la utilidad es para el editor, etc., etc.

—Yo, —que he publicado siempre mis libros por cuenta propia, y que los he regalado, porque la literatura no me resulta como negocio, pensé, con toda ingenuidad y con la mayor buena fe del mundo, que sería interesante tentar la unión de todos los intelectuales de buena voluntad para que ellos, por cuenta propia, y acogiéndose a las ventajas del sistema cooperativo, realizaran una labor ennobecedora en favor del libro nacional, lo que acarrearía, a mi entender, grandes beneficios para el espíritu, y probabilidades de éxito económico para el bolsillo.

Esto mismo se ha hecho ya con halagadores resultados en países civilizados, y creí que en Chile la idea podría llevarse adelante, siempre que se encontrara un hombre que supliera nuestra notoria incapacidad administrativa, a fin de entregarle el manejo de la Sociedad.

A mi vuelta de Buenos Aires, en 1920, hablamos con Waldo Urzúa de esta cuestión, y cuando en 1928 —es decir, ocho años después— Salvat me habló del asunto, creí llegado el momento de llevar a la práctica esta aspiración de beneficio mutuo, que si no era genial, por lo menos podía servirnos de mucho, dadas las condiciones editoriales a que debían someterse los autores.

Así, pues, convoqué a los colegas a una reunión que se celebró en el Círculo de Periodistas, redacté las circulares, hice la obra preliminar con un entusiasmo loco, movido por esa fe que transporta las montañas; pero como yo la entendía: sin miras personales, sin hacer cuestión de nombres ni de personas; sin pensar que el señor A pudiera valer menos que el señor B.

En esta tarea, ruda, ingrata, me ayudó Jenaro Prieto, y los dos nos agrupamos junto a don Luis Salvat, que iba a ser el resorte de la Sociedad y que fué quien ofreció poner con nosotros igual capital que él que aportáramos.

Era lo justo, lo natural, lo lógico proceder así.

Se hizo una lista de cinco libros para iniciar con ellos las publicaciones de la Editorial. Yo insinué su nombre, en primer término, y el programa de trabajo se esbozó sobre la base de que publicarían libros, en el primer año, Mariano Latorre, Joaquín Edwards Bello, J. S. González Vera, Jenaro Prieto, y éste su amigo, si para ello había oportunidad y siempre que no se presentara una obra más interesante que la que debió lanzar don Carlos Nascimento.

Con usted hablé directamente para pedirle una obra; pero no tuve éxito, pues me manifestó que no estaba en condiciones de entregar originales antes de un año, ya que el material de que disponía no estaba copiado ni pulido convenientemente. Joaquín Edwards hizo saber que la novela que estaba escribiendo le demandaría muchos meses de labor, y González Vera, por esos días, lanzaba un libro por su cuenta. Como el tiempo avanzaba, abordamos la publicación de "El Socio", de Jenaro Prieto, que fué un éxito positivo, tanto artístico como económico, ya que se tiraron dos ediciones en menos de tres meses.

Si hubiéramos sabido aprovechar el resultado de la novela de Prieto —libro que ha tenido resonancia en el extranjero— la So-

iedad se habría levantado rápidamente. Pero no ocurrió esto; se despertaron susceptibilidades, se barajaron suposiciones antojadizas alrededor de los hombres que la dieron vida; la maquineta de la suspicacia empezó a funcionar triturando muchas buenas intenciones. Yo mismo hablé con usted acerca de esta situación. Pero el comentario continuó y yo me vi aislado, impotente para continuar luchando.

¿No cree usted que habría sido más noble y también más productivo mantener la elevación de miras del comienzo y provocar la unión franca y desinteresada de todos? Yo creo que sí. Habríamos, en todo caso, sacado más provecho emitiendo ideas claras y opiniones francas que lanzando frases en el corrillo de la calle de Huérfanos.

Carlos Préndez Saldías hizo una labor de crítica elevada cuando se trató de redactar la escritura social. Pero Carlos Préndez estaba solo y en una situación positivamente desventajosa con respecto a los comentaristas que trataban de sembrar suspicacias, sin aportar ni el menor contingente de trabajo, como ocurrió en la guerra europea, cuando los jóvenes, a la hora del aperitivo, ganaban batallas en el Club de la Unión clavando alfileres en un mapa.

Don Luis Salvat no me dejará mentir si digo que al tratarse de la publicación de la novela mía que debió lanzar Nascimento, yo me resistí a ser de los primeros, pues deseaba para la Sociedad algo que se tradujere en un triunfo efectivo, cosa que, tratándose de un libro como ese, me parecía una ilusión.

Así salió el libro de Manuel Rojas, y sólo cuando Salvat se vió sin material de trabajo, di los originales de "La Tragedia de Miguel Orozco", de supe falta como quien dice, y sin que yo impusiera condiciones, norma de conducta que mantengo, pues hasta ahora, jamás he ni insinuado la idea de que se de un centavo por el libro.

Esta actitud, que pueden calificar como quieran los que no me conocen, se debe a que yo, mi querido Mariano, no soy un escritor profesional, y a que tengo una modesta situación económica que me ha permitido hasta ahora hacer de las letras un pasatiempo y tomar la literatura como una expansión para mi espíritu.

Para terminar con esto de la Sociedad, quiero manifestarle que jamás he pretendido ser censor de las obras cuya publicación se proyecte; que no he dado nunca un consejo al señor Salvat —tampoco él me los ha pedido— y que no aceptaré, hoy menos que nunca, que se me considere como a uno de esos críticos oficiales, que no existen ni han existido en la Editorial. No soy crítico, no pretendo serlo. Carezco de aptitudes para comprender a los valores de este país, y si las tuviera, no las emplearía, pues no veo que haya necesidad de andar creándose desagradados cuando uno puede vivir dentro de una relativa y simpática independencia.

Sé que hay personas que dicen que yo tengo una participación directa en la admisión o rechazo de las obras, y hasta sé que usted mismo ha llegado a incomodarse porque imaginó que al llevar los originales de un próximo libro suyo al señor Salvat, iba yo a ser su crítico y juez.

¿Piensa usted que iba yo a ponerme en ridículo de ese modo, mi querido Mariano? Yo puedo ser juez de muchas cosas, pero no fallaría causas literarias, y menos tratándose de usted, a quien admiro, a quien propuse como iniciador de la Sociedad.

En un proyecto de escritura social, y a raíz de haber renunciado Hernán Díaz Arrieta, mi nombre figuró en un comité de admisión. Pero eso fué antes de que empezaran a soplar los vientos de la maledicencia y con posterioridad a la renuncia de Alone. El señor Salvat quiso que uno de los que pensaron que era realizable la idea de crear una Cooperativa de Publicaciones entre escritores, que uno de los que trabajaron por su organización, estuviera en el comité, lo que a mí me pareció un rasgo de caballerosidad de su parte; rasgo que seguramente encerraba el propósito de reconocer la participación de los que trabajaron a su lado, con entusiasmo y desinterés.

Posiblemente la publicación de mi libro ha respondido al mismo sentimiento generoso ¿no piensa usted así, Mariano?

Con estas explicaciones creo que se desvanecerán las dudas que usted abrigaba respecto a los organizadores de la Sociedad Chilena de Ediciones, tan digna de mejor suerte, tan digno del cariño nuestro.

Perdone la extensión de estas líneas y créame su leal y sincero amigo.